

LU PÉREZ

NIEVE



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

© Nieve, 2025

© De esta edición: Bunker Books, 2025

Ilustración de cubierta: ©Rubén Jiménez Martín «El Rubencio»

Diseño de cubierta: © Bunker Books

Bunker Books S.L.
Cardenal Cisneros, 39, 2º - 15007 A Coruña
www.bunkerbooks.es

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-128919-1-1
Depósito legal: CO 112-2025

Impreso en Imprenta Mundo (Cambre, A Coruña, Galicia)

OBRA GANADORA DEL
VII CERTAMEN AUGUSTE DUPIN

La mentira es esencial porque la verdad es incommunicable.

MARCEL PROUST.

Y yo sola con mis voces, y tú
tanto estás del otro lado que te confundo conmigo.

ALEJANDRA PIZARNIK.

El infierno musical, 1971.

Para Álex. Todo es posible.



Llega un momento en la vida que nada es como esperabas. Cuando te das cuenta de ello, cuando esa revelación se presenta ante ti como un relámpago luminoso que te sorprende y amedrenta a partes iguales, suele ser demasiado tarde. Tarde para cambiar las cosas. Tarde para comenzar de nuevo. Tarde para siempre.

Cuando era pequeña solía soñar despierta. Me gustaba imaginar cómo sería mi vida en el futuro, cuando me hiciera mayor. Como casi todas las niñas, fantaseaba con la casa donde viviría o con la persona con la que me casaría y tenía la firme convicción de que todo aquello iba a suceder algún día. Tal cual, al pie de la letra; mi vida perfecta tomaría forma con tan solo desearla y todo sería fácil. Sencillo como soplar un diente de león y pedir un deseo, mientras observas los vilanos algodonosos levitando hacia la nada.

Sueño cumplido.

La vida. Nunca he entendido por qué me cuesta tanto ser feliz. Somos una sociedad encorsetada en un patrón absurdo, ¿verdad? Es como si hubiéramos heredado una pauta estricta que nos dicta lo que debemos hacer y no parece haber nada más allá. Planeamos nuestra existencia como una secuencia idílica: cumplir dieciocho, ir a la universidad, alquilar un piso en la ciudad, comprar tu propio coche, viajar, a países exóticos, por ejemplo, a Tailandia, quizás, a India, y graduarse, conocer a alguien, y por supuesto enamorarse. Amar y ser amado, como si eso fuera lo más importante.

Ahora sé que la vida no es eso o, mejor dicho, que la vida es todo menos eso. La vida es soledad, es quietud, dolor, y rabia también. Sobre todo rabia. Es levantarse cada mañana y ver que el espejo te arroja la mirada perdida de siempre. Y ya.

Creo que no voy a comenzar esta historia por el principio. Y la verdad, tampoco es oportuno contar cómo acabó todo. El orden es el factor más importante a la hora de explicar las cosas. Todo el mundo tiene una historia, pero tan solo unos pocos saben cómo contarla. Yo he decidido que mi punto de partida sea aquella tarde soporífera de finales de noviembre. Podría haber sido una tarde cualquiera, pero no lo fue. Aquel era un día frío, dócil, desconsolado. La gente corriente estaba encerrada en sus casas, con la manta fruncida alrededor del cuello y la espalda entumecida en el sofá, intentando evadirse del mundo o esconderse de él, pero nosotros no; Diego y yo decidimos hacer las maletas y pasar el fin de semana fuera porque de algún modo sentíamos que éramos diferentes al resto, que estábamos vivos, o al menos eso pretendíamos. Él me prometió que nos iría bien escaparnos unos días, abrirnos a la naturaleza, dijo, y yo le obedecí con esa inercia maquinal con la que solía seguirle a todas partes.

Fue aquella misma tarde cuando volvieron los ataques de migraña. Aunque no recuerdo cuándo comenzaron exactamente, si al llegar a la casa u horas antes, en el viaje. Habíamos salido al mediodía y condujimos un buen rato por la autopista que llevaba hacia el norte. Según el navegador teníamos unos cuarenta kilómetros hasta llegar al desvío y desde allí comenzaríamos el ascenso a las montañas. Apenas me daba cuenta de por dónde íbamos porque, nada más arrancar el coche, apoyé mi cabeza en el vidrio helado de la ventanilla y me quedé dormida. El viaje me causó un sopor inmenso que me lamía los párpados, hasta el punto que me costaba mantenerlos alzados, eran como los ojos huecos de una muñeca de plástico que se cerraban al inclinar la cabeza. Me sentía rara, como si estuviese drogada o borracha, no sé, solía pasarme cuando iba en coche. Lo odiaba. No sé cómo se desató esa extraña fobia en mí, pues hubo un tiempo en que adoraba conducir, incluso

tenía mi propio coche. Me encantaba el olor que había adentro, el cuero de la tapicería recalentado por el sol te llevaba a pensar que estabas metida dentro de un zapato viejo y gastado. Antes era capaz de conducir varias horas seguidas, sin saber dónde estaba ni a dónde iba, y al hacerlo sentía una profunda sensación de libertad abrazándome por dentro, una emoción poderosa que me calentaba la sangre y me hacía creer que podía llegar a donde quisiera. Sin embargo, ahora odio los viajes.

Odio tantas cosas.

Cuando Diego me despertó tuve la impresión de estar muy lejos de casa. Apagó la radio y me preguntó cómo estaba. Me incorporé en el asiento, aturdida. Había soñado con algo, pero no recordaba qué.

Estoy mareada, dije.

Me ofreció la Coca-Cola del portalatas del salpicadero. Bebí un sorbo pequeño y el sabor a óxido me inundó la boca.

Ya falta poco para llegar, me informó, aunque no le hubiera preguntado.

Vi que habíamos dejado la autopista y circulábamos por una carretera estrecha de doble sentido. Íbamos deprisa. El zumbido que retumbaba dentro del coche se me incrustaba en las sienes, me angustiaba y me hacía pensar que mi cuerpo ya no era carne, ni huesos, ni sangre, sino una especie de extensión mecánica, una parte intrínseca de aquel vehículo maligno circulando a gran velocidad. Le pedí a Diego que fuera más despacio, pero ni me escuchó. Así que me quedé quieta, con las manos agarradas al asiento y el rostro inclinado hacia la ventanilla. El frío se condensaba en los cristales formando un vaho opaco que lo emborronaba todo. Frente a mis ojos, la sombra de la montaña, los troncos oscuros de los árboles cabalgando a nuestro lado, el respunte blanco de la carretera desdibujándose en el asfalto, aquella escarcha de cristal emergiendo de las cunetas.

Mira, aquí ya se ve la nieve, exclamó Diego, emocionado.

Observé aquellas manchas en el suelo, eran pedazos de nada que florecían de debajo de la tierra y me dio la impresión de que iban haciéndose más grandes a medida que ascendíamos, igual que el vértigo que se enroscaba por mi garganta. Bajé la ventanilla y el aire de las montañas me abofeteó la cara.

¿Qué te ocurre?

Nada, me duele la cabeza.

Es normal, el mal de altura, que estamos a dos mil quinientos metros y esa sensación es a causa del cambio de altitud, dijo, sin ser consciente de que cada vez iba más deprisa por aquella carretera sembrada de curvas.

Yo sabía que no, que no me sentía mal por eso. Ni por el coche, ni por el viaje, ni por aquellas malditas curvas. Era por el frío, nunca me ha sentado bien el frío. Cuando era pequeña mi madre me regaló unos calcetines de puntilla blancos, de esos que tienen agujeros por todos lados y se clavan en la planta de los pies al andar. Recuerdo caminar con ellos por casa, en invierno, mientras se me congelaban las puntas de los dedos y los talones, pero a mí me daba igual. Pisaba deprisa el suelo de cerámica, a veces incluso bailaba, me ponía de puntillas y danzaba sobre mis pies congelados hasta que sentía que ya no eran míos, sino de otra; de una niñita extraña que cantaba y reía sin parar frente a mí. Odiaba aquellos calcetines, pero mi madre decía que eran preciosos y yo, por no decepcionarla, me los ponía todos los días. Es curioso lo que llegas a hacer por la gente a la que quieres.

Llegamos a una intersección y Diego giró a la izquierda.

Ya casi estamos, repitió, y esta vez parecía ser verdad.

Abandonamos la carretera principal justo cuando la nieve comenzaba a devorarla y tomamos un camino sin asfaltar. Era más ancho que la carretera, pero estaba minado de piedras; algunas

se encallaban entre los neumáticos y golpeaban el chasis bajo mi asiento. Me dio por cerrar los ojos y concentrarme en respirar mientras el coche crujía al avanzar por el pedregal. Justo cuando pensé que iba a vomitar el almuerzo sobre el salpicadero del coche, Diego frenó en seco.

Habíamos llegado. Por fin.

Comencé a escribir diarios hace unos años a raíz de la muerte de mi madre. Mi terapeuta me lo recomendó. Me aseguró que me ayudaría, pero todavía no he descubierto cómo. Explicar mi vida en libretas de goma elástica solo me ha conducido a dos cosas: una, a convertirme en una especie de cronista de los momentos más inocuos de mi propia vida, y dos; a amontonar decenas de cuadernos polvorientos en el altillo de mi piso.

A veces cojo la escalera de mano y subo para depositar alguno ya acabado. Lo dejo amontonado sobre los demás y bajo deprisa, como si estuviera alimentando a un animal salvaje al que le arrojas un filete de carne cruda y luego sales corriendo para que no te devore a ti también. Debe de haber decenas de diarios ahí arriba, y allí se quedarán para siempre, abandonados, como si no quisiera saber nada más de ellos, ni de mí, ni de lo que he sentido o he vivido. No volveré a leer estas líneas. Nunca. Es mi regla sagrada. Mis diarios son algo así como botellas de vidrio lanzadas al mar, esas que guardan un secreto dentro y que viajan, y se pierden en las entrañas de las corrientes oceánicas sin saber a dónde las portará la marea. Esas que nadie encuentra jamás. Sé que es triste, pero prefiero tener mi pasado custodiado en un altillo, a dejar que la nostalgia de esos momentos se agolpe dentro de mí. No puedo permitir que vuelvan los fantasmas.

«Querido Diario», escribía cuando comencé la terapia.

Era algo así como una fórmula mágica, una especie de licencia que me permitía imaginar que estaba escribiéndole a un amigo o a un confidente. Pero con el tiempo aquello me hizo sentir ridícula porque estaba sola, así me sentía, ¿qué sentido tenía fingir que estaba hablándole a alguien? Comencé a omitir aquel saludo absurdo y simplemente abría las libretas, anotaba el día, el mes, el año y comenzaba a escribir, sin más. A veces escribía tan rápido que era como discutir con alguien, arrojaba palabras inconexas a lo bruto sobre el papel, o insultaba, escribía un montón de tacos hasta que me hartaba o me desahogaba por completo. Y otras veces, dibujaba. Una vez pinté unas flores preciosas. Me encantan las flores porque hacen que la vida parezca más bonita de lo que es. Por eso dibujé unas cuantas, y luego arranqué las hojas para intercalarlas en las páginas de los días más tristes, para que de alguna manera no lo fueran tanto.

Era casi de noche cuando llegamos a la cabaña y un atardecer ceniciento recubría la bóveda del cielo. Me dio la impresión de que cuanto más alto estábamos en aquella montaña, más oscuridad crecía a mi alrededor.

Diego aparcó en el descampado que había frente a la casa y apagó el motor, aliviado.

Por fin, ya estamos.

Salió del coche y se quedó mirando la casa con las manos apoyadas sobre la cadera.

Es chula, ¿verdad?, me dijo sin volver la vista atrás, el interior lo es todavía más, te encantará.

Desde que la alquiló en una página de internet había insistido tanto en lo bonita que era, que desconfié de inmediato. Me quedé unos instantes dentro del coche y, con la acidez de una náusea

resucitando en la boca, observé la amorfa silueta del tejado perfilándose tras la escarcha de la ventanilla.

La casa.

En cuanto la vi por primera vez, lo supe: llevaba mucho tiempo allí, petrificada en las profundidades de la montaña. Esperándome. Vista desde fuera parecía más grande de lo que realmente era porque, aunque solo tenía una planta, estaba construida sobre un desnivel y debías subir una escalinata de piedra para acceder a ella. Las catedrales también solían construirse de ese modo; a unos metros del nivel del suelo, elevadas del mundo común para que cuando los fieles subiesen las escaleras de entrada inclinaran su torso hacia delante a modo de reverencia. Con aquella casa ocurría algo parecido. Su recia fachada de piedra oscura destilaba tal soberbia que cuando llegabas allí y te plantabas frente a ella sentías que alguien te miraba desde lo alto con recelo, como si fueras una amenaza.

Desde el coche vi que había un porche exterior, parecía bastante amplio y estaba cercado por una barandilla de madera. Había mobiliario de jardín, aunque no podía verlo del todo porque estaba cubierto con una lona de plástico impermeable y atado con cuerdas, supuse que para protegerlo de la nieve o de aquella intensa humedad que lo impregnaba todo. Allí arriba hacía frío, de eso me di cuenta nada más llegar. Las paredes de la casa parecían gruesas y robustas, aunque comenzaban a enverdecer por los recodos. En el tejado asomaba una gruesa alfombra de musgo salvaje que parecía aplastar la casa lentamente, revistiéndola de verde, de tierra, de esporas, la mimetizaba con la vetusta vegetación de alrededor en un intento de engullirla y hacerla desaparecer. Pero lo que más miedo daba eran las ventanas. Aquellos cristales de retinas polvorientas rebosaban la opacidad de la mirada vacía y lóbrega de un mártir.

Al salir del coche, una ráfaga de aire gélido me empujó por detrás, así que no tuve otra opción que arrancar a correr hacia la casa. La ventisca me zarandeó, me rebotó en la frente, me agarró por los brazos, y tuve la sensación de estar corriendo hacia la cima de un acantilado. Y lo peor de todo fue sentir que estaba dispuesta a saltar. Subí las escaleras deprisa y entré para cobijarme, aunque no sirvió de mucho porque en el interior hacía quizás aún más frío. Una espesura helada me retorció el pecho al respirar. Cuando llegué, Diego ya había inspeccionado la casa.

Todo está en orden, me dijo nervioso, excitado. Es fantástica, ¿verdad?

Se acercó a mí y por un momento pensé que iba a besarme, pero solo me frotó los brazos con las manos. Estás helada, y luego volvió al coche a buscar un mechero, para encender la chimenea y caldear el salón, y me quedé allí parada, enlutada por la penumbra del vestíbulo, con la imprenta del beso no dado grabado en los labios y una punzada de melancolía brotándome dentro.

Blanca Costa no era una agente del orden cualquiera. Aunque ella no hablase nunca de sí misma, en el pueblo todos aseguraban que era la viva imagen de su padre: recia, pero con vocación. No se podía pedir más en un pueblo como aquel.

Valtordá.

Una pequeña aldea engarzada a la montaña. Las calles estrechas, las plazas vacías, y las fachadas de las casas construidas de piedra pizarra y moho, todas iguales, capaces de soportar la nieve, el frío y la soledad constante. Allí el invierno siempre llegaba para quedarse. Tras varios meses de sequía y temperaturas altas se presentó un noviembre normal y corriente, como los de antaño, cargado de nevadas y de frío, un presagio amable de que sería un buen año.

Precisamente aquella misma noche había nevado con intensidad. Blanca seguía lo ocurrido en las noticias de las siete mientras desayunaba en uno de los dos bares del pueblo, el único que servía panqueques recién hechos. Le gustaba ir allí por las mañanas y tomarse un café bien cargado; era la única manera de espabilarse en días fríos como aquel, donde la niebla era tan densa que empañaba la vista. El local estaba casi vacío. El sonido grave del televisor rebotaba contra las paredes convertido en un eco metálico. Era demasiado temprano para los vecinos de la zona, que postergaban todo lo posible salir a la calle. Los domingos como aquel había poco que hacer en un pueblo tan pequeño. Ir a misa, quizás, o simplemente dormir y alejarse de los demás, de la tormenta, y también del frío. De aquel frío cruel que te ahondaba en los huesos.

Carla, la camarera, restregaba la barra con una bayeta empapada en jabón. Aprovechaba las horas bajas para limpiar el local, ponía de patas arriba todos los taburetes y pasaba a fregona por debajo de las mesas mientras su perro labrador dormía apoltronado junto a la puerta. Blanca observó cómo la chica se movía con desgana y le pareció que tenía la mente en otra parte.

¿Has salido esta noche? Pareces cansada.

Resaca, estuvimos tomando unas cervezas hasta las tres en el cobertizo de Jon, y cuando comenzó a nevar tuvimos que marcharnos. Con lo buena *mossa* que eres, en todos los sentidos, no se te pasa una, ¿eh?, bromeó ofreciéndole luego tomar algo más.

Otro café estaría bien.

A Blanca le dieron ganas de desahogarse, de contarle que también tenía una resaca terrible, que el día anterior había estado bebiendo y que necesitaría más que un café para resucitar, pero se contuvo. En aquel pueblo los comentarios se expandían muy rápido y una agente como ella no podía permitirse mostrar sus debilidades a los demás.

Carla trabajaba en el bar los fines de semana, los verdaderos dueños eran sus padres que habían regentado el negocio toda la vida. De hecho, aquel era su último año, acababa de cumplir los dieciocho y pronto comenzaría la universidad y se iría a vivir a la ciudad. Haría como todos los jóvenes de por allí; crecer y marcharse. Como había hecho Blanca una vez, hace muchos años, cuando era una muchacha joven e ilusionada como ella.

Blanca se fue de Valtordá un primero de septiembre. Cogió su coche y condujo sin parar hasta la gran urbe. No miró por el retrovisor ni una sola vez, el futuro era demasiado interesante como para echar la vista atrás, y nada le hizo pensar en lo que estaba dejando allí arriba. Se fue a la ciudad y vivió allí durante veintiséis años. Se olvidó del pueblo, del frío intenso, de sus amigos de la infancia y

por poco se olvidó de su familia. Tan solo regresaba a Valtordá dos veces al año; en Navidad y en primavera, por el cumpleaños de sus padres, Tomás y Rosa. Ambos habían nacido el mismo día en aquel pueblo remoto como si el destino hubiera confabulado para unirles. Blanca los adoraba, eran los padres perfectos y cuando regresaba a casa siempre estaban allí, esperándola. Blanca le contaba a su padre los casos que llevaba en la ciudad. Compartía con él lo que hacía porque estaba satisfecha de sí misma, incluso albergaba una punzada de orgullo por haber superado a su progenitor. Tomás había sido el representante del orden en solitario durante cincuenta años en Valtordá, aunque él nunca había salido del pueblo, se había pasado la vida enfrascado entre aquellas montañas junto a su mujer y su hija. Siempre contaba las mismas historias y todas habían sucedido en Valtordá, donde la vida era sencilla y él nunca necesitó más. En cambio, Blanca en eso no era como su padre; desde el día en que nació tenía el deseo de marcharse e hizo todo lo posible para escapar.

Tomás escuchaba a Blanca con una tímida sonrisa en los labios que delataba su satisfacción al ver que su hija había seguido sus pasos llegando además tan lejos.

Ejercer en una ciudad te aporta mucha más experiencia que trabajar en un pueblo como este, le decía, pese a que en el fondo de su corazón la echara de menos.

En aquel entonces Blanca estaba en plena efervescencia en su carrera y no le importaba nada más que eso. Volvía allí, a su hogar, se sentaba con él en el sofá y le contaba sus hazañas como si fueran parte de ella. Aún podía ver el rostro de su padre recordado por el candor de la lumbre, sus mejillas sonrojadas y la luz de sus pupilas vidriosas derramada sobre la alfombra de lana gruesa. Había pasado mucho tiempo de aquello.

Carla le sirvió el segundo café. Hervía, pero Blanca apenas se dio cuenta, agarró la taza con las dos manos y se lo bebió sin

despegar la mirada del televisor. Los bomberos habían trabajado durante toda la noche, la tormenta había causado innumerables destrozos y había árboles derribados en las zonas próximas a Valtordá. Hacía tiempo que no se había visto nada igual, pero por suerte no había que lamentar ningún herido grave. Blanca se sintió aliviada al escuchar eso. Se había pasado la noche sin dormir. La tormenta la sorprendió de madrugada junto a un par de botellas de vino volcadas sobre la mesa y un sabor a rosas marchitas en la boca. La ventisca barría el tejado de su casa con tanta furia que llegó a pensar que las paredes se le caerían encima y entró en pánico, no por morir aplastada, sino por tener que salir a trabajar aquella noche. Sabía que no podría conducir en aquellas condiciones, ni pensar con claridad, ni siquiera sería capaz de mantenerse erguida. Todos se darían cuenta de su embriaguez y temió que aquel incidente la obligara a firmar la baja de nuevo. Así que se mantuvo despierta hasta el amanecer, atenta al bramido del viento que mordía las persianas y rezando para que su *walkie* no sonara por alguna emergencia.

Llevaba cinco meses en el pueblo y todavía no se había acostumbrado a aquello. En verano pudo soportarlo, pese al calor, pese a la gente y los reencuentros, pero a puertas del invierno las tardes se habían convertido en sendas oscuras y eternas. Además, la ausencia de cobertura era una de las cosas que más la agobiaban de estar allí arriba. Aquella cafetería era el único sitio del pueblo que tenía un wifi en condiciones, por eso siempre estaba allí. Pese a no esperar ningún mensaje, llegaba puntual todas las mañanas, se pegaba a la barra de latón del bar y vigilaba la pantalla de su móvil, anhelando algo que ni siquiera sabía qué era. Le costaba tanto despegarse de la ciudad, y de tantas cosas.

Vaya, qué pasada, exclamó Carla mientras subía el volumen del televisor.

En la pantalla se veían imágenes en directo de una de las vías comarcales que conectaban Valtordá con otros pueblos de la zona y la autopista. La nieve había taponado la calzada y varios operarios estaban trabajando con excavadoras para despejar la carretera. Aunque acostumbraba a haber nieve en aquella época del año, la prensa local retransmitía la noticia en directo como si fuera algo insólito. Un reportero con la capucha de su chubasquero apretada a la cara informaba de la situación dirigiéndose a la cámara, explicaba que los trabajos sobre el terreno iban a ser intensos y que los operarios tardarían horas, incluso días, en normalizar los accesos a la autopista. También anunció que la ventisca volvería a ganar intensidad aquella misma tarde.

Blanca suspiró, aturdida.

Parece que nos hemos quedado aislados otra vez, dijo, consciente de que le esperaba una semana dura y que aquello no había hecho nada más que empezar.